

LA SALIDA HERMENÉUTICA
A LA DISPUTA EN LAS TEORÍAS DE LAS MODERNIDADES
DE LA POSMODERNIDAD A LAS MODERNIDADES ENTRELAZADAS

Enrique G. Gallegos*

RESUMEN. En el presente estudio se debate la pertinencia de las diversas teorías de la modernidad. Se analizan las teorías de las modernidades de los últimos 40 años (posmodernidad, modernidad reflexiva, modernidad líquida, modernidades múltiples, modernidades entrelazadas) y se propone que la hermenéutica analógica ayuda a zanjar dicha controversia. Frente a los discursos de una modernidad uniforme y unívoca o de una teoría de la modernidad totalmente relativista, se propone una *modernidad analógica* que recupere un mínimo de conceptos comunes que posibiliten procesos de apropiación y recuperación de las categorías, prácticas e instituciones de la modernidad.

PALABRAS CLAVE. Hermenéutica, apropiación, interpretación, modernidad, modernización.

PRESENTACIÓN

Las últimas discusiones sobre la modernidad muestran que las interpretaciones y juicios sobre su función, objetivos y conceptos se han dilatado al punto de parecer un mapa conceptual confuso y abigarrado. Esto ha tenido como efecto la creación de una ingente cantidad de teorías de la modernidad (“modernidades múltiples”, “modernidades alternativas”, “modernidades híbridas”, “modernidades entrelazadas” [*entangled*], etcétera) cuyo único fin pareciera ser distinguirse

* Profesor-investigador, Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa. Correo electrónico: enriquegallegos@hotmail.com

de la “modernidad clásica”. Según Habermas (2008) fue Hegel quien configuró por primera vez el debate conceptual de la modernidad. Empero, también es posible retrotraerlo a la “*querelle* entre antiguos y modernos” del siglo XVII (Baumer, 1985: 119), pero particularmente es en la teoría sociológica clásica donde se precisaron sus principales conceptos, problemas y temas. El advenimiento pleno del capitalismo y la sociedad industrial, los profundos cambios sociales y políticos, la caída y revaloración de la democracia, las transformaciones demográficas y el ascenso de las ciudades como polos vitales y urbanos, la globalización, las tecnologías de información y comunicación, las migraciones, las crisis económicas, los riesgos y la difuminación de las incertidumbres locales y globales asociadas al cambio climático, a la economía y a la vida cotidiana, han reconfigurado las reflexiones sobre la modernidad y la modernización (Bauman, 1996; Beck, 1996a; Luhmann, 1996a).

Sobre ese panorama socio-cultural y económico, filósofos, sociólogos, estetas, literatos, historiadores y politólogos replantearon las discusiones sobre la modernidad e intentaron desarrollar renovadas “teorías de la modernidad” para explicar y comprender las nuevas realidades. Cualquiera que sea el origen, lo cierto es que todavía hasta la aparición de la denominada “escuela de la sospecha” (Marx, Nietzsche y Freud) (Ricoeur, 2009), la modernidad había mantenido cierta estabilidad y continuidad discursiva. La filosofía, la sociología, la historia de las ideas y la política aglutinaban sus reflexiones en torno a la creencia en el progreso, la verdad, la centralidad del sujeto, la razón, el individualismo, la autonomía, la diferenciación social, la construcción de la mejor forma de gobierno, etcétera. Sin embargo, a partir del desarrollo de las teorías de las modernidades múltiples y, particularmente, de las modernidades entrelazadas, la modernidad “clásica” ha sido acusada de anidar un discurso hegemónico y uniformante que hace caso omiso de las singularidades sociales, culturales y políticas de países, localidades y sociedades. Consideramos que esta disputa entre el discurso hegemónico y el discurso múltiple de la modernidad, puede ser zanjada mediante la hermenéutica —particularmente la analógica propuesta por Beuchot (2009)—, que postula la búsqueda de puntos análogos intermedios entre la interpretación *unívoca* (hegemónica) y las interpretaciones *equivocas* (relativas o múltiples) de la modernidad.

Este artículo se organiza de la siguiente manera: en el apartado “Teorías actuales de la modernidad” bosquejo algunos de los temas torales de las principales teorías actuales de la modernidad (desde la modernidad clásica hasta las modernidades múltiples y entrelazadas); mientras que en el apartado “A modo de conclusiones. ¿Modernidad analógica?” argumento la forma en que es posible hacerlas confluir en similares problemas y conceptos mediante la hermenéutica analógica y sus procesos de *interpretación* y *apropiación contextualizada* y su doble rechazo a la *univocidad* y a la *equivocidad* (la primera por pretender una validez absoluta y la segunda por implicar un relativismo total). En un afán por delimitar el periplo conceptual de este escrito, designo como teorías actuales de la modernidad a las propuestas teóricas realizadas durante los últimos 40 años (aproximadamente).

TEORÍAS ACTUALES DE LA MODERNIDAD

La geografía conceptual de las teorías actuales de la modernidad no sigue un derrotero lineal, sino que más bien tiene una configuración sinuosa y entrelazada, con una tendencia a abandonar la filosofía y aclimatarse en la sociología y los estudios culturales. Con la finalidad de precisar este derrotero conceptual, en este apartado realizo una breve revisión de las teorías actuales de la modernidad. Primero examino la polémica entre modernidad y posmodernidad; después analizo la teoría de la modernidad reflexiva y la teoría de la modernidad líquida; finalmente reviso las teorías de las modernidades múltiples y modernidades entrelazadas, indicando sólo de paso que las teorías de las modernidades alternativas e híbridas pueden ser asumidas en las dos primeras.

Modernidad y posmodernidad

El principal debate entre modernidad y posmodernidad se dio en los decenios de los ochenta y principios de los noventa del siglo XX. Aunque la discusión tuvo diversas ramificaciones en ámbitos específicos (filosofía, arte, arquitectura, literatura, sociología, etcétera), se puede afirmar que tuvo dos protagonistas centrales: Lyotard y Habermas; el primero

argumentando el cambio epocal de la modernidad a la posmodernidad; mientras que el segundo defendiendo lo que denominaba el “proyecto de la modernidad” (Habermas, 1988; Lyotard, 2004). Uno de los argumentos centrales que aglutinó las propuestas de la posmodernidad fue la creencia en que las principales categorías e instituciones de la modernidad habían agotado, caducado o entrado en crisis; lo que Lyotard denominó como la “incredulidad” de los “metarrelatos” que le dieron cohesión y sentido a las sociedades occidentes (2004: 10). La razón, la verdad, el individuo, la ciencia, dios, la familia... cualquier forma que adquiriera la pretensión trascendental para justificar la existencia de la sociedad y del hombre, terminaba por derrumbarse frente a la incredulidad y la crisis.

Sin embargo, esta incredulidad y crisis no necesariamente conducían a un desencanto y a una ciega deslegitimación. La posmodernidad apostó por un doble movimiento conceptual e histórico: si resaltaba la incredulidad, también proponía el surgimiento de un nuevo periodo histórico: una novísima época que se autopercibía opuesta y diversa a la modernidad. Si la modernidad proponía y defendía la progresiva autonomización del individuo y el centramiento del sujeto, la posmodernidad defendía la muerte del sujeto; si la modernidad seguía afirmando la diferenciación social y epistemológica de diversos ámbitos, la posmodernidad argumentaba la creciente difuminación de los límites y la erosión de las distinciones culturales y sociales (Jameson, 1988; Amengual, 1998; Eagleton, 2004).

Frente a esta visión crítica de la modernidad, Habermas sostenía que más que de un cambio epocal, la crisis del capitalismo tardío significaba que el proyecto de la modernidad no había completado su propio programa; sostenía que “en vez de abandonar la modernidad y su proyecto como una causa perdida, deberíamos de aprender de los errores de esos programas extravagantes que han tratado de negar la modernidad” (Habermas, 1988: 32-33). Para ello, proponía la recuperación de la racionalidad en contextos discursivos; esto es, “sustituir el paradigma que representa el conocimiento de objetos [...] por el paradigma del entendimiento entre sujetos capaces de lenguaje y acción” (Habermas, 2008: 322). Mediante esta racionalidad orientada al entendimiento, las tradiciones culturales, la integración social a través

de normas y valores y la socialización de las generaciones, reproducían y revitalizaban el mundo de la vida.

Si la posmodernidad interpretaba la modernidad como un relato pasado y consumado; la modernidad habermasiana la interpretaba como una propuesta que era posible apropiársela y completarla. Empero, ambas perspectivas no terminaron de generar consensos. El propio Lyotard moderó su diagnóstico adverso de la modernidad y señaló que lo que hace la posmodernidad es “reescribir” la modernidad; ya no es una nueva época sino más bien la “reescritura de algunos rasgos reivindicados por la modernidad” (1998: 42). Por su parte, para la teoría sociológica contemporánea, la propuesta habermasiana de la acción comunicativa no dejaba de resultar demasiada abstracta (Lash, 1997: 147).

Modernidad reflexiva y modernidad líquida

De acuerdo a Lash (1997), el digno sucesor crítico del marxismo, la racionalidad comunicativa habermasiana y el análisis del discurso foucaultiano es la modernidad reflexiva. La modernidad reflexiva adquiere su forma conceptual principalmente en la teoría sociológica de Beck (1996b) y de Giddens (1997). La configuración conceptual de la modernidad reflexiva no es uniforme ni sus rasgos definitorios han quedado plenamente delimitados. Sin embargo, dentro de estos “contornos difusos” de la modernidad reflexiva, es posible indicar sus mínimos elementos comunes.

Según esta teoría, la modernidad reflexiva representa un cambio de época: de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo en la que los atributos de control, previsibilidad y racionalidad instrumental, son relevados por la ambigüedad, la imprevisibilidad y la contingencia. No se trata de un cambio dirigido, calculado o promovido por una institución o evento (sea un parlamento, una institución social específica o, incluso, una revolución o crisis) como en el caso de la modernidad simple; se trata de un proceso histórico autónomo y anónimo que se produce no por el agotamiento del capitalismo y la sociedad industrial, sino por la consolidación definitiva de algunos de los resultados de la modernidad: el crecimiento acelerado, la tecnificación, la seguridad

laboral, el incremento de los niveles de educación y la riqueza, entre otros. Por ello, Beck afirma que la modernidad reflexiva consiste en una “autodestrucción creadora” de la época industrial (1996b: 223; 1997b: 14). Destrucción constante de las tradiciones y las premisas de la sociedad industrial, pero también creación incesante de renovadas y novedosas formas de relación social.

Parte relevante en la teoría de la modernización reflexiva son los “procesos de individualización”. De hecho, para Lash la individualización es el “motor del cambio social” de la modernización reflexiva (1997: 141). La individualización de la modernidad reflexiva no tiene que ver con la liberación de las “certezas feudales y religioso-trascendentales” ni con la atomización, aislamiento, soledad y desconexión que argumenta la sociología clásica y la modernidad simple, se trata más bien de un doble movimiento que implica, primero, la liberación de las instituciones sociales y, segundo, su instalación en la “turbulencia de la sociedad global del riesgo” (Beck, 1997b: 21). Justamente esta liberación y su revinculación en la globalización ha posibilitado la recuperación de las nociones de acción, subjetividad, conflicto, crítica y creatividad que se ven reflejadas, por ejemplo, en la vitalidad de los movimientos sociales y la revaloración del ciudadano como actor central en Europa y Latinoamérica en la década de los noventa (Arato y Cohen, 2001; Heater, 2007). Empero, la individualización reflexiva implica la disolución de las rígidas coordenadas de derecha e izquierda, de radical y conservador, de político y apolítico, para dar paso a una *politicidad* contradictoria y múltiple en la que se combinan azarosamente las oposiciones y contradicciones y cuya constante es la tensión entre la revitalización de la política (desde abajo) y el consecuente peligro de parálisis por la saturación de demandas y planteamientos (lo que Beck denomina como “congestión”).

Si la individualización es el motor del cambio social, lo es porque en éste recaen los procesos de *interpretación*, *apropiación* y *desapropiación* de los conceptos, prácticas e instituciones de la modernidad. Por ejemplo, puede hacer uso del voto como estrategia racional para orientar el cambio político o, también, puede abstenerse por considerarlo como un instrumento en beneficio de las propias elites políticas. En cualquier caso, como indica la hermenéutica y según desarrollamos con más detalle

en la última sección, se trata de una apropiación contextual que realizan los individuos de una institución común a todas las democracias.

La instalación del individuo en la turbulencia de la sociedad global referida por Beck no es un proceso social aislado; contrariamente, individualización y globalización son dos caras del mismo proceso de la modernización reflexiva; incluso Giddens sostiene que la intimidad es una invención de la sociedad global (Giddens, 1997; Beck, 1997b). Para la teoría de la modernidad reflexiva existe una conexión “natural” entre las acciones de la vida cotidiana y la sociedad global; los actos que realizan cotidianamente miles de personas (por ejemplo comprar o dejar de comprar un producto) tiene efectos, no pocas veces imprevisibles, en la economía globalizada; y, viceversa, procesos que se gestan a escala global tienen repercusiones en la vida cotidiana de las personas. Por ello, la globalización es tematizada como proceso multidireccional; esto es, si incide y modifica las relaciones y formas sociales de lo local, también es modificada y alterada por los procesos sociales que discurren al nivel local. Pero si el sentido de la relación puede ser determinado, los efectos específicos de la relación tienen más bien la forma de lo indeterminado, lo contingente y ambiguo.

De acuerdo con Beck, el desarrollo de la contingencia y la incertidumbre no es un efecto exclusivo de la globalización, sino que obedece al estadio de la modernidad reflexiva en el que, con la radicalización del “desarrollo de la sociedad industrial hasta nuestros días, las amenazas provocadas ocupan un lugar dominante” (1996a: 203-204). Una vez que han sido minados todos los sistemas de normas sociales que aseguraban la vida y la praxis social, la incertidumbre, la incontrolabilidad y las amenazas operan de manera sistemática en la sociedad del riesgo; cada decisión que busca la certeza es replicada por contramovimientos que devuelven la incertidumbre; cada acto que pretende el control de las acciones desencadena series paralelas de incontrolabilidad. Estos rasgos de incertidumbre e incontrolabilidad sistemática caracterizan la transición de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo.

Las características de riesgo, incertidumbre, ambigüedad e incontrolabilidad generalizada tienen también una función análoga en Bauman para proponer la teoría de la “modernidad líquida”. De acuerdo

con él, la fase actual de la modernidad se caracteriza por las siguientes “novedades”: 1) la imposibilidad de que las formas sociales que posibilitan tomar decisiones se solidifiquen y persistan; 2) el fracaso de todos los sistemas sociales y estatales que daban seguridad a los individuos; 3) la radical separación de poder y política, trasladándose el primero al espacio global y reduciéndose el segundo a la ineficacia del Estado; 4) el fracaso del pensamiento y de las estructuras sociales que permitían planificaciones y acciones a largo plazo; y 5) el asentamiento de la responsabilidad de las decisiones en la voluntad de los individuos (Bauman, 2009). Todas estas transformaciones terminaron por contribuir a la disolución de las ataduras que daban consistencia a la sociedad y, subrayadamente, transformaron la relación entre el espacio y el tiempo.

Aunque existen diversas formas de definir la modernidad tardía, para Bauman (2004) es justamente el cambio de la relación entre espacio y tiempo lo que mejor la caracteriza. Si en la modernidad simple el espacio era lo sólido, estable y perdurable; si era lo que había que afianzar y conquistar; si el espacio definía la pertenencia a una sociedad y, por ejemplo, delimitaba la asignación de los derechos de ciudadanía; con el cambio a la modernidad líquida, el tiempo domina y adquiere centralidad; las relaciones sociales se tornan fluidas, inestables y en constante movimiento; el tiempo anula el *aquí* y el *allá*, las distancias desaparecen y las relaciones sociales terminan por volverse móviles, escurridizas, cambiantes, evasivas y fugitivas.

Los rasgos de incertidumbre, incontrolabilidad y ambivalencia en las relaciones sociales, las instituciones y las decisiones, la inseguridad y amenazas, el proceso de individualización y la globalización, son algunos de los elementos que identifican la modernidad tardía. Si la modernidad reflexiva resalta los procesos autonomizados y de autoconfrontación con los riesgos generados por la propia sociedad industrial, la modernidad líquida enfatiza la preeminencia del tiempo y el inestable fluir de las relaciones sociales. Si para la modernidad reflexiva, su radicalización obedece a sus propios éxitos (mayor riqueza, creciente tecnificación, aumento de la escolaridad, etcétera), la modernidad líquida desconfía de los poderes globales que minan las estructuras sociales locales y erosionan la confianza de los individuos. Digamos que

frente a una modernidad reflexiva que se autocorriga infinitamente, la modernidad líquida se subraya por un pesimismo “inestable”.

Pero los rasgos de incertidumbre, incontrolabilidad y ambivalencia en las relaciones sociales no sólo nos introducen en la sociedad del riesgo. Ciertamente hacen que los individuos sean conscientes de que la vida cotidiana y las relaciones sociales se encuentran delimitadas por la contingencia y las amenazas, pero también abren el horizonte político, cultural y social a los procesos de interpretación y apropiación, tal y como lo postula la hermenéutica. Justamente porque las estructuras, los roles sociales, la pertenencia y los contextos sociales se flexibilizan, el individuo es medianamente “libre” de apropiar y desapropiar los conceptos, las nociones, las prácticas y las instituciones de la modernidad.

De esta forma, la modernidad reflexiva y la modernidad líquida comparten *análogos* presupuestos que les permiten diagnósticos similares. Beck, Giddens y Bauman también comparten cierta conciencia de que sus teorías de la modernidad no pueden ser consideradas como procesos generalizables a todas las sociedades contemporáneas. Sin embargo, podemos conceder que la génesis occidental de estas teorías arrastra implícitamente visiones unívocas, hegemónicas y homogenizadoras. Si cualquier definición de la modernidad comparte un mínimo conceptual, en sociedades no occidentales o en países del denominado Tercer Mundo, ¿se ha de asumir la modernidad como ideal inequívoco y de validez universal o, más bien, se ha de tratar de comprender sus propias modernidades a partir de sus particulares procesos sociales y culturales de apropiación e interpretación? Para hacer frente a estas y otras preguntas se han propuesto teorías de las “modernidades múltiples”, “modernidades alternativas”, “modernidades híbridas” y “modernidades entrelazadas”. Conviene adelantarnos a las conclusiones y señalar que esta problemática *abre un espacio* epistemológico y de comprensión entre la perspectiva hegemónica y hermenéuticamente unívoca de la modernidad y la perspectiva relativista y hermenéuticamente equívoca. Esta nueva perspectiva estaría determinada por el análogo hermenéutico que intenta evitar los extremos de ambas posturas y podría ser planteada como una teoría de la “modernidad analógica”.

“Modernidades múltiples”, “modernidades alternativas”, “modernidades híbridas” y “modernidades entrelazadas”

No resultan plenamente claras las diferencias conceptuales entre las ideas de “modernidades múltiples”, “modernidades alternativas”, “modernidades híbridas” y “modernidades entrelazadas”. De hecho, hay autores que parecen remitirlas a un mismo campo semántico y referencial; esto es, parecen constituir similares planteamientos de rechazo a la visión unívoca, hegemónica y uniformante de la modernidad clásica, postulando, en cambio, diversas maneras de *interpretar y apropiarse* la modernidad, sus conflictos y tensiones, dando paso, con ello, al pluralismo de las modernidades y de los procesos de modernización (Ashcroft, 2009; Girola, 2007; Beck y Sznaider, 2006; Delanty, 2004; Watts, 2003; Therborn, 2003); deslizándose, por momentos, a una *equivocidad* en la que anida el relativismo absoluto. Además, la idea de modernidades alternativas algunas veces ha sido remitida a la teoría de las modernidades múltiples, mientras que las modernidades híbridas han sido asumidas en la teoría de las modernidades entrelazadas (Randeria, 2002; Watts, 2003; Therborn, 2003). Estos problemas justifican que nos concentramos en dos de dichas propuestas: la “teoría de las modernidades múltiples” y la “teoría de las modernidades entrelazadas” (*entangled*).

Estas teorías son en cierta medida una reacción contra los postulados clásicos de la modernidad en el contexto del mundo globalizado, la sociedad postradicional, los estudios poscoloniales y la crisis de la centralidad simbólica del Estado-nación (Eisenstadt, 2000; Beriain, 2002; Randeria, 2002; Therborn, 2003; Girola, 2007). ¿En qué consisten estas teorías? La teoría de las modernidades múltiples parte de varios supuestos. Uno de los principales y que después será matizado, es que el desarrollo de las sociedades industriales y modernas es medianamente uniforme en todos los países y en aquellos en proceso de modernización. El hecho de que sea posible postular tal uniformidad a su vez presupone que la modernidad cuenta con una serie de elementos *análogos* y mínimos a todas las sociedades consideradas como modernas; elementos que también se encontrarán en su forma incipiente o embrionaria en las sociedades en vías de modernización.

Esto significa que, de entrada, se postula la existencia de un *análogo* en las instituciones, conceptos y prácticas de la modernidad. Siguiendo la teoría sociológica clásica, Eisenstadt menciona que esos elementos son la ruptura de la legitimidad de las tradiciones políticas y sociales, el desencantamiento del mundo y el surgimiento de la autonomía individual y social (Eisenstadt, 2000).

Si bien para la teoría clásica de la modernidad, cada uno de estos aspectos tuvo importantes implicaciones en los procesos de modernización de la sociedad, el desarrollo de la sociedad moderna tendió a desplegarse en antinomias y contradicciones, por ejemplo, entre individualismo y colectivismo, trascendentalismo e inmanentismo, libertad e igualdad. Aunque estas tensiones y contradicciones podían llevar a situaciones extremas (por ejemplo, la primera y segunda guerras mundiales), la modernidad desarrolló una potencial capacidad para *autocorregirse* y orientarse a la consecución de su propia finalidad. A través de enrevesados y peligrosos procesos, las guerras daban pie a periodos de paz y las disputas ideológicas terminaban con consensos en los parlamentos. A su vez, esos procesos de aparente tersura, daban pie a nuevas tensiones, contradicciones y problemas en contextos cada vez más complejos. En el centro de estas disputas estaba la confrontación entre sectores tradicionales y sectores modernos. Los sectores tradicionales *apropiándose* sus propios elementos y los sectores modernos *reapropiando* y desencadenando dinámicas de modernización.

Frente a la teoría de la modernidad unívoca y hegemónica, la teoría de las modernidades múltiples sostiene que las formas *específicas* que asume la modernidad y los procesos de modernización varían de acuerdo con contextos sociales, tradiciones culturales, religiosas y arreglos socioinstitucionales y actores sociales (Eisenstadt, 2000; Beriain, 2002; Kamali, 2007). Dicho de otra manera, si la modernidad y la modernización comportan mínimos elementos *análogos*, la constitución de la modernidad resulta diversa y múltiple en razón de las singulares interpretaciones y apropiaciones que realizan los actores sociales y las instituciones en sus contextos socio-culturales y económicos. Según esta perspectiva, el final del siglo XX e inicios del XXI muestran un panorama diverso y complejo en las sociedades modernas y en la semántica de la modernidad:

La innegable tendencia al final del siglo XX es la creciente diversificación en la comprensión de la modernidad [...] muy lejos de las homogéneas y hegemónicas visiones de la modernidad que prevalecían en los años cincuenta. Además, en todas las sociedades los esfuerzos por interpretar la modernidad está cambiando continuamente bajo el impacto de las fuerzas históricas cambiantes, dando lugar a movimientos nuevos que vendrán, con el tiempo, a reinterpretar otra vez el significado de la modernidad. (Eisenstadt, 2000: 24)

Los estudios sobre las sociedades modernas de Europa y Estados Unidos y los procesos de modernización en Latinoamérica y Asia parecen corroborar el argumento de que existen múltiples formas de interpretar, apropiar, comprender y constituir la modernidad (Kamali, 2007; Katzenstein, 2006; Beriain, 2002). De esta forma, la idea de modernidades múltiples termina por significarse por los procesos de apropiaciones y reapropiaciones conceptuales y por las constituciones y reconstituciones sociales, culturales e institucionales. Empero, los teóricos de esta propuesta concluyen que al analizar las modernidades múltiples lo que se termina por demostrar es que “nunca existió una concepción homogénea de las instituciones sociales” (Beriain, 2002: 62) y por tanto, la constitución de la modernidad está condicionada por esos procesos de interpretación de las principales nociones y por la apropiación de las instituciones de la modernidad que realizan los actores sociales.

Para Therborn (2003) la teoría de las modernidades entrelazadas desarrolla aspectos que la teoría de las modernidades múltiples no tiene en cuenta, particularmente enfatiza que las modernidades no sólo *coexisten* en sociedades diferentes y con trayectorias singulares, sino que mantienen *relaciones* en diversos planos; esto es, no sólo comparten un espacio sino que se entrecruzan y mezclan de manera no lineal o hegemónica.

Para los teóricos de las modernidades entrelazadas, las modernidades múltiples terminan por fortalecer el discurso clásico de la modernidad y la modernización, en la medida en que parten de una serie de nociones

comunes a las diversas modernidades y a las diferentes trayectorias; esto es, en el fondo no dejan de participar de una narrativa unívoca, hegemónica y uniforme de la modernidad y la modernización. De aquí el esfuerzo de esta propuesta por tratar de introducir precisiones conceptuales y metodológicas que ayuden a clarificar la modernidad en renovados contextos de la globalización y de los estudios poscoloniales. Entonces ¿de qué forma la teoría de la modernidad entrecruzada pretende distinguirse con respecto a otras propuestas? Antes de responder a esta pregunta conviene reparar en que los estudios sociológicos clásicos sobre la modernidad (desde Montesquieu, Tocqueville y Weber hasta Habermas) ya prefiguran los presupuestos de una modernidad múltiple y diversa (Zabludovski, 2007; Mishima, 2006). Otros autores, inclusive, dudan de la pertinencia metodológica de la teoría de las modernidades múltiples y, por extensión, de las modernidades entrelazadas, porque consideran que no es suficientemente claro el concepto de modernidad del que parten y su relación con la tradición, y porque no proporcionan criterios indudables para discernir lo relevante de lo insignificante y se sumen en un marasmo relativista y equívoco (Schmidt, 2008).

Aspectos relevantes para la teoría de las modernidades entrelazadas son el colonialismo y el imperialismo que determinaron los procesos de modernización, no en el sentido del discurso que resalta los mecanismos de explotación o, en el otro extremo, del optimismo sobre la benéfica incorporación de conceptos e instituciones modernas a las colonias y sociedades no occidentales, sino como espacios de recíprocas relaciones y, principalmente, como elementos fundamentales para la propia autoconstitución de la modernidad europea (Therborn, 2003; Mishima, 2006). Sin embargo, para Renderia (2002) esta teoría pretende explorar la modernidad “sin tener en cuenta la sociedad”; esto es, pretende analizar la modernidad no en relación a las ideas inherentes al concepto de nación-Estado, sino como *trayectorias* de múltiples factores y elementos que proceden de varias direcciones y se combinan de forma insólita. Quizás por eso algunos autores de esta vertiente también resaltan el carácter “híbrido” de los procesos de las modernidades entrelazadas (Therborn, 2003; Renderia, 2002).¹

¹ El carácter híbrido de la modernidad, conviene señalarlo de paso, ya había sido destacado en 1989 por García Canclini en *Culturas híbridas* (2009).

De acuerdo con esta idea de la modernidad como *trayectoria*, Therborn sostiene que el rasgo que mejor define a la modernidad es la “orientación temporal” (2003: 293). Rasgo que recuerda el reajuste de las relaciones entre tiempo y espacio en la modernidad líquida de Bauman, al que nos referimos párrafos arriba. A partir de la categoría de la orientación temporal, Therborn (2003) intenta reordenar las teorías de la modernidad en tres grandes grupos: 1) los discursos clásicos de la modernidad, donde el tiempo es lineal y ascendente; si bien existen diversas tradiciones, hay elementos conceptuales y procesos sociales comunes de la modernidad, de tal forma que los procesos de modernización seguirían itinerarios uniformes (sólo existe una trayectoria y un punto de llegada); 2) la teoría de las modernidades múltiples, que comparten con la teoría clásica la preexistencia de elementos comunes, pero los procesos culturales de modernización y las sociedades modernizadas varían, teniendo como resultado múltiples formas de constituir la modernidad (existen varias trayectorias y varios puntos de llegada); y 3) la teoría de las modernidades entrelazadas en la que el tiempo es simultáneo, en cada proceso o sociedad moderna anidan simultáneamente diversos elementos de la tradición y de la modernidad, de la contramodernidad y la modernización, del pasado y del presente, diversas narrativas de la modernidad, interpretaciones y fuerzas sociales apropiadoras de la modernidad. Aquí no hay una modernidad unívoca, homogénea y hegemónica ni tampoco modernidades que meramente co-existen, sino sociedades modernas y sectores tradicionales que mutuamente se relacionan, condicionan, mezclan en trayectorias y temporalidades diversas y simultáneas (existen varios puntos de inicio y diversas trayectorias, relaciones, hibridaciones y puntos de llegada).

Así, pues, este breve recorrido conceptual por las múltiples teorías de la modernidad muestra un mapa abigarrado, diverso y por momentos caótico respecto de los temas, conceptos y problemas de la modernidad y la modernización y que adquiere la apariencia de una disputa sin posibles salidas. A continuación argumento que existe una posible salida desde la hermenéutica analógica.

A MODO DE CONCLUSIONES. ¿MODERNIDAD ANALÓGICA?

¿Es posible que esta disputa entre las diversas *interpretaciones* de la modernidad pueda ser allanada? En este escrito sostenemos que ello puede ser posible a través de la hermenéutica analógica. Ya el énfasis, desde los propios textos de las teorías de la modernidad, que a lo largo de este artículo hemos puesto en el verbo *interpretar* y sus derivas semánticas (comprensión, apropiación, etcétera) indican la posible salida. La hermenéutica es una filosofía y un método de comprensión del discurso, las prácticas y las instituciones; no se trata de una comprensión abstracta, sino de una interpretación contextualizada en las tramas de la cultura, la sociedad, las tradiciones, el lenguaje y las expectativas. La hermenéutica analógica, tal y como ha sido propuesta por Beuchot, implica situarse en un punto intermedio entre la *univocidad* y la *equivocidad*; de tal manera que “lo análogo es lo que se predica o se dice de un conjunto de cosas en un sentido en parte idéntico y en parte distinto, predominando la diversidad” (2009: 33). Dado que contextualizar implica realizar procesos de *interpretación*, *apropiación* y *recuperación* (Gadamer, 2000), la hermenéutica posibilitaría repensar la diversidad de las tradiciones culturales, sociales y políticas en mínimos ejes conceptuales de la modernidad, sin que sufran detrimento las particularidades de cada sociedad, ámbito o localidad.

Ahora bien, como hemos argumentado en el apartado precedente, las teorías actuales de la modernidad muestran un panorama complejo, diverso y cambiante. La tendencia parece desplazarse del centro a las periferias, de los grandes relatos a los relatos locales, de la uniformidad a la multiplicidad y mixtura, y de la univocidad a la equivocidad. Como si hubiera desplazamientos provisionales, recurrencias temáticas y entrecruces conceptuales en las diversas teorías actuales de la modernidad. Por un lado, las teorías de las modernidades múltiples y modernidades entrelazadas (incluidas las alternativas e híbridas) parecen radicalizar sus definiciones con el objetivo de distinguirse de la modernidad clásica y situarse como discursos “políticamente correctos” y epistemológicamente relevantes, sin reparar en su equivocidad y relativismo absoluto.

Por otro lado, es de notar que la posmodernidad y las últimas teorías de las modernidades múltiples y entrelazadas comparten análogos temas, por ejemplo, rescatan la importancia de la cultura y el arte. Therborn (2003), siguiendo al modernismo artístico, recupera las tradiciones culturales del pasado y las utiliza como patrones de las mixturas de la modernidad. O el caso de la modernidad líquida que postula que las respuestas a los problemas planteados por la modernidad terminan por ser prematuras y engañosas (Bauman, 2009), lo cual no hace sino trazar una continuidad *análoga* con la posmodernidad que destaca lo precario e intermitente de las relaciones sociales (Eagleton, 2004). En contraste, la teoría de la modernidad reflexiva de Beck se mostró demasiado crítica de las propuestas posmodernas. Incluso Giddens llegó a sostener que el “estructuralismo y el postestructuralismo eran tradiciones de pensamiento muertas” (1990: 254). Lo que importa destacar es que estas teorías de la modernidad han tendido a constituirse como macrorrelatos contradictorios, polémicos, entrelazados, críticos y tensos, que recuperan y rechazan, significan y resignifican, enfatizan y minusvaloran, ciertos conceptos e instituciones que han sido tratados desde la posmodernidad hasta las últimas propuestas teóricas de las modernidades (reflexiva, líquida, múltiples, entrelazadas, híbridas).

Si la disputa entre la modernidad y la posmodernidad es clara en sus ejes temáticos y polémicas, si los conceptos y problemas de la modernidad reflexiva y de la modernidad líquida han sido precisados y se han convertido en propuestas metodológicas que ayudan en la comprensión, análisis y diagnóstico del mundo contemporáneo, queda la impresión de que las últimas teorías de las modernidades múltiples y modernidades entrelazadas se encuentran apertrechadas en un discurso contra la modernidad clásica y que sus diversos énfasis no terminan de estabilizarse conceptual y significativamente, ¿cómo, entonces, construir teoría(s) de la(s) modernidad(es) sin definir los mínimos ejes temáticos de que se compone?, ¿no es posible establecer coordinadas de interpretación que asuman lo idéntico y lo distinto sin perder la diferencia, como apunta la hermenéutica analógica? Ciertamente las ventajas metodológicas que proporcionan esas teorías permiten aproximarnos al mundo contemporáneo desde los ángulos de lo *diverso*, lo *relacional* y *múltiple*. Pero sobre esta ganancia irrecusable que

proporcionan estas teorías *descentradas*, abría que recuperar y tematizar *expresamente* los mínimos elementos análogos de la modernidad “clásica”, de la posmodernidad, de la modernidad comunicativa, de la sociedad del riesgo, de las modernidades reflexiva y líquida, para tratar de establecer zonas comunes epistemológicas y metodológicas de interpretación.

Con la notable excepción de Lash, quien intenta estructurar una teoría de la modernidad a través de lo que denomina “hermenéutica de la recuperación” (Lash, 1997: 181 y ss.), la mayoría de las teorías actuales aluden insistentemente a la “recuperación”, “incorporación”, “interpretación” y otros procesos similares² que refieren la *apropiación* de la(s) modernidad(es), pero sin tematizar *expresamente* la tradición del pensamiento de la hermenéutica. El propio Eisenstadt (2000), a quien se adjudica la propuesta de la teoría de las modernidades múltiples, insiste en la “diversificación en la comprensión de la modernidad”. Es como si la teoría de la modernidad, después de criticar los planteamientos abstractos y omnímodos tipo Habermas, necesitara un nuevo giro hacia la filosofía —vía la hermenéutica— para no perderse en lo diverso, singular y relativo.

La importancia de la hermenéutica analógica en las discusiones teóricas sobre la modernidad consistiría, pues, en proporcionar pautas metodológicas de *comprensión*, *interpretación* y *apropiación* para situarse en un punto intermedio entre la univocidad del discurso moderno con pretensiones hegemónicas y uniformantes y la equivocidad de una modernidad que termina por diluirse en el total relativismo. Esto significaría que la hermenéutica analógica obligaría a rechazar tanto los planteamientos clásicos de una modernidad hegemónica, que tiende a una validez absoluta, como los planteados por una modernidad extremadamente relativista de la posmodernidad o de las modernidades múltiples. Para plantearlo con un ejemplo: es tan nocivo pretender implantar un modelo universal-absoluto europeo de ciudadanía en Latinoamérica (que llevaría a la univocidad) como injustificado tolerar la ablación genital en las mujeres que se práctica en algunas partes

² Por ejemplo, la noción, introducida por Lyotard, de “reescritura” de la posmodernidad, aludida en el subapartado “Modernidad y posmodernidad”.

de África y Oriente Medio (que llevaría a una equivocidad que anida relativismo cultural radical). Bajo el pretexto de respetar la diversidad y la multiplicidad se corre el riesgo de confundir la modernidad con la complacencia moral, la crueldad y la barbarie.

Para evitar esos extremos, la teoría de la modernidad podría establecer una zona de mínimas *interpretaciones análogas* sobre conceptos, prácticas e instituciones que delimiten lo moderno. Por un lado, se trataría de recuperar críticamente temas, problemas y conceptos que han sido tratados en las diversas propuestas de la modernidad (por ejemplo, la relevancia de las esferas del arte y la cultura para la estetización de la vida cotidiana a partir de la posmodernidad y su recuperación en la teoría de las modernidades entrelazadas); por el otro, establecer definiciones mínimas construidas discursiva o narrativamente por los interesados o implicados desde su propio contexto (lo que en la hermenéutica se denomina como “contextualización”, poner el texto en su contexto). Se trataría de una zona común —análoga, pero en parte diferente y en parte idéntica— que debería dejar amplio margen para los procesos de *interpretación, apropiación, desapropiación, constitución y reconstitución* de los conceptos, prácticas e instituciones de la modernidad. Así, ni se postularía *inequívocamente una*, y sólo una, modernidad ni tampoco *equivocas* y múltiples modernidades. Sólo en esa *zona abierta* por la analogía, de lo que es y de lo que se desea, de lo real y de lo normativo, de la razón y la emoción, de la identidad y la diversidad, del pasado y del futuro, la modernidad puede seguir siendo un proyecto político: idéntico, pero en un sentido básico; diverso, pero en un sentido amplio (Gallegos, 2010). Un proyecto de lo idéntico y lo diverso sería una teoría de la *modernidad analógica*. Una interpretación de la modernidad que al situarse en un punto intermedio entre la *univocidad/validez universal* y la *equivocidad/relatividad*, logra respetar las diferencias sociales, culturales y políticas sin renunciar a una idéntica vocación para crear un mundo mejor y sin rechazar el proyecto político denominado “humanidad”.

BIBLIOGRAFÍA

- AMENGUAL, G. (1998), *Modernidad y crisis del sujeto*. Madrid: Caparrós.
- ASHCROFT, B. (2009), "Alternative Modernities: Globalization and the Post-Colonial", en *Ariel: A Review of International English Literature*, vol. 40, núm. 1, pp. 81-105.
- BAUMAN, Z. (1996), "Modernidad y ambivalencia", en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- _____. (2004), *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2009), *Tiempos líquidos*. México: Tusquets.
- BAUMER, F. (1985), *El pensamiento europeo moderno. Continuidad y cambio en las ideas, 1600-1950*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, U. (1996a), "Teoría de la sociedad del riesgo", en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- _____. (1996b), "Teoría de la modernización reflexiva", en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- _____. (1997a), "Prólogo", en U. Beck et al., *Modernización reflexiva. Política tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- _____. (1997b), "Reinvención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva", en U. Beck et al., *Modernización reflexiva. Política tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- BECK, U. y N. SZNAIDER (2006), "Unpacking Cosmopolitanism for the Social Sciences: a Research Agenda", en *The British Journal of Sociology*, vol. 57, núm.1, pp. 1-23.
- BERIAIN, J. (2002), "Modernidades múltiples y encuentro de civilizaciones", *Papers*, 68, Universidad Pública de Navarra. Artículo en línea disponible en www.unavarra.es/puresoc/es/c_textos.htm, 17 de diciembre de 2010.
- BEUCHOT, M. (2009), *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*. México: UNAM / Ítaca.

- COHEN, J. y A. ARATO (2001), *Sociedad civil y teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DELANTY, G. (2004), "An Interview with S. N. Eisenstadt: Pluralism and the Multiple Forms of Modernity", en *European Journal of Social Theory*, vol. 7, núm.3, pp. 391-404.
- EAGLETON, T. (2004), *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.
- EISENSTADT, S. N. (2000), "Multiple Modernities", en *Daedalus*, vol. 129, núm.1, pp. 1-31.
- FEENBERG, A. (1994), "Alternative Modernity? Playing the Japanese Game of Culture", en *Cultural Critique*, núm. 29, pp. 107-138.
- GALLEGOS, E. G. (2010), *Poesía, razón e historia*. México: Arkhé / Secretaría de Cultura de Jalisco.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2009), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Debolsillo.
- GIDDENS, A. (1990), "El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura", en A. Giddens et al., *La teoría social hoy*. México: Conaculta / Alianza.
- _____ (1997), "Vivir en una sociedad postradicional", en U. Beck et al., *Modernización reflexiva. Política tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- GIROLA, L. (2007), "Imaginario socioculturales de la modernidad. Aportaciones recientes y dimensiones del análisis para la construcción de una agenda de investigación", en *Sociológica*, año 22, núm. 64, pp. 45-76.
- HABERMAS, J. (1988), "La modernidad, un proyecto incompleto", en H. Foster et al., *La posmodernidad*. México: Kairós / Colofón.
- _____ (2008), *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires: Katz.
- HEATER, D. (2007), *Ciudadanía. Una historia breve*. Madrid: Alianza.
- JAMESON, F. (1988), "Posmodernismo y sociedad de consumo", en H. Foster et al., *La posmodernidad*. México: Kairós / Colofón.
- KAMALI, M. (2007), "Multiple Modernities and Islamism in Iran", en *Social Compass*, vol. 54, núm. 3, pp. 373-387.
- KATZENSTEIN, P. (2006), "Multiple Modernities as Limits to Secular Europeanization?", en T. Byrnes y P. Katzenstein, *Religion in an Expanding Europe*. Nueva York: Cambridge University Press.

- LASH, S. (1997), “La reflexividad y sus dobles: estructura, estética, comunidad”, en U. Beck *et al.*, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- LUHMANN, N. (1996a), “El concepto de riesgo”, en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- ____ (1996b), “La contingencia como atributo de la sociedad moderna”, en J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- LYOTARD, J.-F., (1998), *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*. Buenos Aires: Manantial.
- ____ (2004), *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MISHIMA, K. (2006), “Some Reflections on Multiple, Selective and Entangled Modernities and the Importance of Endogenous Theories”. Ponencia en línea disponible en www.tku.ac.jp/kiyou/contents/economics/259/231_mishima.pdf, 20 de diciembre 2010.
- RANDERIA, Shalini (2002), “Entangled Histories of Uneven Modernities: Civil Society, Caste Solidarities and Legal Pluralism in (post) Colonial India”. Universidad de Zurich. Artículo en línea disponible en www.ethno.uzh.ch/downloads/2002EntangledHistories.pdf, 28 de diciembre 2010.
- RICOEUR, P. (2009), *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.
- SCHMIDT, V. (2008), “What’s Wrong With the Concept of Multiple Modernities?”, Paper, 6, Universidad Nacional de Singapur. Artículo en línea disponible en www.cee-socialscience.net/1989/papers/Pusanr_WP6.pdf, 27 de diciembre 2010.
- TAYLOR, Ch. (1995), “Two Theories of Modernity”, en *The Hastings Center Report*, vol. 25, núm. 2, pp. 24-33.
- THERBORN, G. (2003), “Entangled Modernities”, en *European Journal of Social Theory*, vol. 6, núm. 3, 293-305.
- WATTS, M. (2003), “Alternative Modern: Development as Cultural Geography”, en K. Anderson (ed.), *Handbook of Cultural Geography*. Londres: Sage.

ZABLUDOVSKI, G. (2007), “¿Modernidad o modernidades? La visión del mundo en los clásicos de la sociología”, en L. Girola y M. Olvera, *Modernidades. Narrativas, mitos e imaginarios*. Barcelona: UAM / Anthropos.

Fecha de recepción: 13 de febrero de 2011

Fecha de aceptación: 24 de mayo de 2013